

## JUGANDO A CUIDAR: NIÑEZ, GÉNERO Y PRÁCTICAS LÚDICAS EN BARRIOS POPULARES DE AGROLOCALIDADES MEDIAS BONAERENSES.

Luisina Morano  
Lic. y Prof. en Ciencias antropológicas.  
Becaria doctoral CONICET- ICA, FFyL, UBA.  
Doctoranda IDES/UNGS.  
luisinamorano@gmail.com

*Cita: Luisina Morano. Jugando a cuidar: niñez, género y prácticas lúdicas en barrios populares de agrolocalidades medias bonaerenses. Lúdicamente, Vol. 11, N°22, Año 2022. Mayo-Septiembre 2022, Buenos Aires (ISSN 2250-723x). Este texto fue recibido el 01 de abril de 2022 y aceptado para su publicación el 01 de julio de 2022.*

### Resumen

Este artículo propone una aproximación socioantropológica a los juegos infantiles entendidos como performances significativas mediante las cuales las niñas de un barrio popular de una agrolocalidad media bonaerense, participan en la construcción de la dimensión social del género. En línea con una perspectiva relacional y situada sobre la infancia (Szulc y Cohn 2012) y un abordaje socioantropológico de las prácticas lúdicas (Enriz 2011, Nunes 2013, García Palacios y Bilinkis 2013, Quecha Reyna 2014) se reponen aspectos contextuales relevantes que posibilitan efectuar el análisis. Metodológicamente, la investigación se basa en un trabajo de campo etnográfico realizado entre 2016 y 2019. Argumentaré que la socialización infantil en el barrio está digitada por una organización social del cuidado familiarizada y feminizada inserta en relaciones más amplias de poder, signadas por la naturalización de las desigualdades sexogenéricas y la racialización de la pobreza. En ese contexto, se observa que mediante los juegos, las niñas -generalmente- reactualizan los patrones clasistas, racistas y patriarcales del contexto en el que viven. No obstante, también despliegan distintos modos de agencia, plasmados en estrategias creativas que les permiten resolver tensiones entre las tareas de cuidado que tienen a cargo y la necesidad de habitar el espacio público.

Palabras clave: niñez, género, juegos, etnografía, agrolocalidades medias.

### Abstract

This article proposes a socio anthropological approach to children's games considering them as performances (Butler, 1990) through which poor neighborhood's girls, from a medium-sized city in Buenos Aires province, participate in the construction of the social dimension of gender. Conceptualizing childhood as a social, relational and diverse construction (Szulc and Cohn, 2012), and taking into account a socio anthropological approach to playing practices (Enriz 2011, Nunes 2013, García Palacios and Bilinkis 2013, Quecha Reyna 2014), the first part of this article presents significant contextual data that will allow us to develop the analysis. Considering methodology, the research is based on ethnographic fieldwork, carried out between 2016 and 2019. As a result of this investigation, I will argue that child socialization in Barrio Verde is ruled by a social organization of care that tends to familiarization and feminization, crossed by broader power relationships that are marked by the naturalization of gender inequalities and the racialization of poverty. In this context, it is observed that children's performances analyzed mainly recreate the racist, classist and patriarchal patterns of their context. However, girl's agency also emerges in different ways, mostly embodied in strategies developed by them to creatively resolve tension between the care tasks, which they are responsible for, and their need to inhabit public space.

Key words: childhood, gender, games, ethnography, medium-sized city.



## Introducción.

¿A qué jugamos?

¿Jugamos a todo lo que se nos antoja?

¿A lo primero que se nos ocurre?

¿Qué pasa cuando nos miran jugar?

¿Empezamos a elegir a qué jugamos para que nuestro juego se acepte?

(Susy Shock, 2016)

Los juegos infantiles han sido analizados desde múltiples perspectivas adultas posicionadas tanto desde disciplinas artísticas y filosóficas, como científicas. Dentro de este universo han confluído interpretaciones que atribuyen a las prácticas lúdicas sentidos tan diversos como disonantes, que van desde posicionarlos como el ejemplo de la libertad de creación más pura, hasta concebirlos como el medio cabal para la introyección de reglas y mecanismos de control social desde la niñez. No obstante, y a pesar de las divergencias, la mayor parte de las miradas parecen coincidir al asumir que los juegos infantiles constituyen un locus nodal para conocer y comprender, tanto las múltiples dimensiones que conforman las vidas de les niñes, como las sociedades de las cuales forman parte.

En este artículo, y con la intención de focalizar especialmente en la intersección entre juegos, infancias y género, me interesa proponer una interpretación antropológica que se basa en la etnografía como método y apunta a poner de relieve los modos en que las variables socioeconómicas y culturales se entraman con las agencias infantiles al momento de jugar.

En ese sentido, cabe destacar que los resultados que se presentan a continuación forman parte de una investigación más amplia plasmada en mi Tesis de Maestría en Ciencias Sociales (Morano, 2022). La misma se orienta principalmente a analizar los modos en que les niñes<sup>1</sup>, y especialmente las niñas, de un barrio popular de una agrolocalidad media bonaerense (al que denominaré Barrio Verde)<sup>2</sup> participan en la construcción de la dimensión social del género. Esta formulación inicial implica varios presupuestos teóricos.

En primer lugar, se adopta el enfoque propuesto por la antropología de la niñez (Colangelo 2003, Szulc y Cohn 2012, entre otros) que concibe a les niñes en tanto sujetos con agencia cuyas vidas se desarrollan en escenarios complejos, atravesados por múltiples tramas de poder y distintos tipos de desigualdades. Lo antedicho implica descartar la ficción que recurrentemente impregna los discursos modernos especializados en “el niño” (universal y masculino) para dar paso a un enfoque situado que busca poner de relieve la pluralidad de trayectorias de infancia posibles (Rabellos de Castro 2001).

---

<sup>1</sup> En este artículo optaré por utilizar la e (cuando se trate de representar a todas las opciones de género posibles) y especificar “hombres y mujeres” o “niñas y niños” cuando me esté refiriendo a sistemas sexogenerizados que estuvieron (o están) trazados desde una lógica binaria y heteronormativa desde el punto de vista de las perspectivas nativas.

<sup>2</sup> A fin de preservar la confidencialidad he optado por utilizar nombres ficticios, tanto para denominar al barrio, como para referirme a mis interlocutores.



Simultáneamente, esta perspectiva plural y situada, aboga por un abordaje relacional que reconoce que los niños no viven en un “mundo propio” separados de los conflictos y tensiones que atraviesan a sus familias y a sus comunidades. En congruencia, la agencia es comprendida dentro de este esquema analítico como la “capacidad para la acción que las relaciones de subordinación históricamente específicas permiten y crean” (Mahmood 2001 en Kunin 2018: 43). Al mismo tiempo, y considerando el análisis de las agencias infantiles en su particularidad, se otorga especial atención a las asimetrías, tensiones y disputas que conllevan las relaciones intergeneracionales (Szulc 2019).

En segundo término, y en lo que respecta al modo en que será abordada la relación entre niñez, género y juego, propongo una aproximación que conjuga el ya mencionado enfoque antropológico de la niñez, con las bases del modelo performativo teatral elaborado por Judith Butler (1990) y los desarrollos conceptuales que las perspectivas socio antropológicas han generado para analizar las prácticas lúdicas infantiles (Enriz 2011, García Palacios y Bilinkis 2013, Nunes 2013, Quecha Reyna 2014, Lesbegueris 2014).

Por su parte, el modelo performativo teatral permite cuestionar la conceptualización del género como construcción cultural de una diferencia sexual que se presupone dada o biológica (Lamas, 1996). Butler (1990) sugiere al respecto que esta distinción resulta inocua, puesto que nunca hubo (ni habrá) una naturaleza que no esté mediada por el lenguaje. Por eso, su programa conceptual propone que, tanto el sexo como el género son construcciones, en el sentido de que son producto de una repetición ritualizada y sostenida de actos que acaban naturalizándose y produciendo la ilusión de que les antecede o preexiste una esencia. En este sentido, la autora afirma que el género “siempre es un hacer, aunque no un hacer por parte de un sujeto que se pueda considerar preexistente a la acción. [...] no hay una identidad de género detrás de las expresiones de género; esa identidad se constituye performativamente por las mismas «expresiones» que, según se dice, son resultado de ésta” (Butler 2001: 58, en Mattio 2012:91).

Tomando en cuenta este modo de concebir el género y, en conjunción con los otros marcos teóricos de referencia que he señalado, es posible interpretar que los niños no son simplemente objetos a ser generizados o cuerpos sobre los cuales el género se sobreimprime de manera mecánica a partir de procesos puramente externos, sino que son artífices (siempre situados y condicionados) tanto de las configuraciones sexogénicas que les atraviesan, como de sí mismos. Dentro de este panorama conceptual, argumentaré que en el Barrio Verde los juegos infantiles adquieren un rol protagónico, puesto que pueden ser considerados “como performances”<sup>3</sup> (Schechner 2000) mediante las cuales el sistema sexo-género es permanentemente actualizado, más nunca idénticamente reproducido.

---

<sup>3</sup> Richard Schechner (2000) introduce una distinción entre aquello que “es” performance y aquello que puede ser analizado “como” performance. Según este autor, “es performance” aquello que es reconocido como tal en una cultura determinada (el teatro en occidente, por ejemplo) y aquello que

No obstante, y tal como apunta Butler (1990), la performatividad del género no se produce en un escenario unidimensional, sino que se intersecta y entrama con otras dimensiones constitutivas de las subjetividades que son igualmente relevantes, como la clase social, la etnicidad o la edad. Para poder acceder a esos entramados en las experiencias infantiles en un contexto específico, es preciso identificar en primer término, los contextos de socialización que son relevantes para les niñes. En esta línea, distintas investigaciones etnográficas realizadas en barrios populares (Santillán 2009, Milstein 2013, Jaramillo 2016) advierten que éstos no se ajustan mecánicamente al ideal doméstico de infancia que ubica a les niñes exclusivamente “entre la casa y la escuela” (Rabellos de Castro, 2001, Szulc, 2015).

En consecuencia, y para poder explorar cuáles son los espacios relevantes de socialización para les niñes en el Barrio Verde, he retomado algunas herramientas provenientes de los estudios socioantropológicos sobre cuidado (Zibecchi 2014, Hernández 2019, Leavy 2019, entre otros). Este abordaje permite identificar los distintos sectores involucrados en la organización social del cuidado (Estado, Mercado, Familia y Espacio Comunitario) y dimensionar simultáneamente los tipos de tareas y responsabilidades que cada uno asume (Faur, 2014). Además, y tal como señalan Cerri y Alamillo (2012), el análisis del cuidado se erige como un mirador privilegiado para indagar sobre la manera en que se configuran las relaciones sociales de género en cada contexto específico. Simultáneamente, este analizador posibilita reconocer los modos en que se entraman las relaciones intergeneracionales y las desigualdades cifradas desde la posición socioeconómica.

En función de lo señalado, este artículo se organiza de la siguiente forma: En primer término, presentaré algunas aproximaciones teóricas para abordar el análisis de los juegos infantiles desde una perspectiva socio-antropológica. En consonancia con este enfoque, en segundo lugar expondré lineamientos metodológicos sobre el trabajo de campo etnográfico que sustenta este artículo y esbozaré una presentación del Barrio Verde y su inserción en la agrolocalidad media a la que pertenece. Este panorama se complementa con un esquema de la organización social del cuidado, y un análisis sobre las perspectivas nativas en torno al género y las relaciones sexogenéricas. En la tercera sección del artículo indagaré sobre algunos juegos (virtuales y presenciales) protagonizados por las niñas del barrio en el contexto comunitario, entendidos como performances que adquieren sentido dentro del entramado más complejo en que se desarrollan. En este abordaje, intentaré dar cuenta de las distintas dimensiones que se vehiculizan a través del juego, problematizando al mismo tiempo los alcances de la agencia infantil. Finalmente, expondré algunas reflexiones y una serie de interrogantes a partir de los cuales se torna posible seguir indagando.

---

coincide con el “performativo” en el sentido que le otorga Austin (1962). En este contexto, el género “es” performance, mientras que los juegos pueden ser analizados “como” performances. Al respecto, Diana Tylor (2012) señala que: “el performance ofrece también una manera de generar y transmitir conocimientos a través del cuerpo, de la acción y del comportamiento social. La demarcación de estos hechos como performance se da desde fuera, desde un lente analítico que las constituye como objetos de estudio” (Tylor 2012:31).

Las prácticas lúdicas en clave socioantropológica.

El análisis de los juegos en la infancia es un universo amplio y complejo. Enriz (2011) realiza un rastreo histórico de las maneras en que éste ha sido abordado desde la disciplina antropológica y propone una clasificación según los tipos de enfoque<sup>4</sup>. Su propio trabajo de campo con niños y niñas indígenas la conduce a focalizar sobre las aproximaciones que iluminan “las relaciones entre los sujetos en el marco del juego, pero más aún permiten observar las representaciones con que se habilita la posibilidad de jugar en diversos entornos sociales” (Enriz 2011: 106).

En este sentido, un abordaje antropológico del juego permite reconocer las maneras en que les niñas se apropian y reinterpretan las representaciones que están socialmente disponibles en el contexto sociocultural que habitan. Nunes (2013) resalta al respecto que el juego se proyecta como una forma de aprendizaje de reglas y valores presentes en cada grupo social, pero también advierte que “la importancia de los juegos se extiende más allá (de esa definición), alcanzando otras instancias de la existencia y cumpliendo una multiplicidad de roles todavía por develar” (Nunes 2013:1).

En ese amplio espectro de potencialidades por develar, Quecha Reyna (2014) destaca la dimensión del juego como posibilidad de construcción colectiva de conocimientos y representaciones sobre temas, tareas o situaciones que interesan y/o preocupan a les niñas en los distintos contextos en los que viven. En su trabajo de campo con hijes de migrantes puntualiza que: “Por medio del juego, ellos recrean y socializan la experiencia adulta de la migración. Los ejes: amistad, representaciones y juego integran un espacio donde afinidades, preocupaciones y conocimientos son compartidos y analizados colectivamente” (Quecha Reyna 2014: 1).

No obstante, además de las funciones sociales antes señaladas, el juego tiene un rol fundamental en la construcción de las subjetividades. Así, Enriz (2011) explica que, dentro de los encuadres de la teoría psicoanalítica, se sostiene que: “jugar para el niño es un trabajo a partir del cual va construyendo subjetividad y estableciendo lazos sociales, constituyendo un lenguaje verbal y físico, ya que permite construir corporeidad” (Enriz 2011: 98).

Profundizando en esta acepción, Lesbeguiris (2014) analiza el jugar como praxis de corporización desde una perspectiva performativa del género. Su enfoque proyectado desde la clínica en tanto psicomotricista, permite advertir las maneras en que aspectos que suelen considerarse biológicos, como las voces, los gestos, las posturas y los movimientos,

---

<sup>4</sup> Enriz (2011) considera una taxonomía que ordena los enfoques desde los que han sido estudiados los juegos en una estructura tripartita: las perspectivas centradas en las relaciones que les sujetos establecen con el juego como elemento en el desarrollo y la formación, las propuestas que recuperan el simbolismo presente en el juego y, finalmente los estudios referidos a las taxonomías del juego como práctica.

son moldeados social y culturalmente de forma diferencial, y generalmente reproducen una matriz esencialista respecto del género.

La performatividad del género encuentra en los juegos un escenario posible de encarnación. Las experiencias lúdicas hacen explícitas ciertas normas sociales, delimitando espacios y tiempos para aquello que los cuerpos pueden o no hacer (...) En los juegos se encarnan, comparten y reproducen las formas de hacer y hacerse niños y niñas, de acuerdo con lo que cada época y cultura espera, designa, manifiesta y significa para ellos. (Lesbegueris 2014: 47)

A continuación, y considerando estas premisas conceptuales que ponderan el análisis contextual de las prácticas lúdicas, presentaré algunos lineamientos metodológicos, así como características significativas del Barrio Verde, la ciudad en la que se inserta y el modo en que se configura la organización social del cuidado. Este encuadre será fundamental para poder examinar luego algunos de los juegos (presenciales y virtuales) protagonizados por las niñas en donde género, juegos y cuidados se entrelazan.

Coordenadas teórico-metodológicas y contextuales.

Metodológicamente, el artículo se sustenta en un trabajo de campo etnográfico realizado en un barrio popular ubicado en la periferia de una agrolocalidad media de la Provincia de Buenos Aires entre el año 2016 y 2018, así como en entrevistas que abarcan hasta diciembre de 2019. Para concretar el trabajo de campo en el Barrio Verde, realicé una serie de estadías sucesivas viajando desde la ciudad en donde resido actualmente (Ciudad Autónoma de Buenos Aires), hacia la ciudad de Junín (Provincia de Buenos Aires), ubicada a unos 260 km de distancia en sentido noroeste<sup>5</sup>.

Como técnicas transversales de relevamiento, utilicé la observación participante orientada mayormente por las rutinas que proponía el Centro Comunitario del Barrio Verde (CCBV)<sup>6</sup> y las distintas actividades ocasionales que iban surgiendo desde ese espacio. Seleccioné ese anclaje territorial puesto que, tal como demostraré más adelante, el CCBV se posicionaba como uno de los espacios de cuidado y socialización más significativos tanto para les niños, como para las mujeres del barrio. También implementé, retomando los recaudos metodológicos específicos (García Palacios y Hecht 2009), entrevistas con niñas que

---

<sup>5</sup> La primera estancia en el Barrio Verde aconteció en el otoño de 2016. En esa ocasión estuve en el barrio durante dos semanas continuas y luego realicé 4 viajes más intercalando 4 días en Junín, 3 días en Buenos Aires, y así sucesivamente. Luego, realicé una segunda etapa de trabajo de campo en el invierno de 2018, durante dos semanas continuas.

<sup>6</sup> Me refiero al CCBV en pasado puesto que el mismo estuvo en funcionamiento desde 2010, hasta inicios de la pandemia de Covid-19 en marzo de 2020. La sobrecarga de funciones asumidas y el retiro paulatino del apoyo estatal derivó finalmente en la venta del inmueble en que funcionaba el CCBV signando así su clausura definitiva en marzo de 2022.

transcurrieron en diferentes contextos: juegos y paseos al aire libre por el barrio, talleres de dibujo y acompañamiento con sus tareas escolares<sup>7</sup>.

En la segunda etapa de la investigación, comprendida entre 2018 y 2019, y en consonancia con el enfoque relacional sobre la niñez que he señalado antes, realicé una serie de entrevistas semiestructuradas con distintos adultos: profesionales de la salita de salud, coordinadores del Centro Comunitario, operadoras comunitarias, talleristas voluntarias y varias de las mujeres del barrio (la mayoría madres o abuelas). También hice entrevistas grupales en el espacio del CCBV que incluyeron la participación de algunos hombres (coordinador, profesionales técnicos y ancianos). En adición a estas etapas, y en línea con una concepción del “campo” que excede al espacio físico (Guber, 2001), he mantenido contacto con distintas personas que viven y/o trabajan en el Barrio Verde. Estas interacciones se concretaron mediante zoom, whatsapp y/o mail.

En otros textos he ensayado ejercicios de reflexividad (Guber, 2001) que indagan sobre los modos en que mis propios clavajes (de clase, género, generación y etnicidad) aportaron para que les niños fueran construyendo, a lo largo del trabajo de campo, un lugar social específico en el cual posicionarme (Morano, 2020). En el caso de las niñas, esa construcción se basó fuertemente en observaciones estéticas que ellas realizaron sobre algunos de mis diacríticos visibles. Así, considerando mi tez blanca, mis pecas, el uso de lentes, el pelo rojizo, (entre otros aspectos) me ubicaron en un lugar próximo a otras profesionales de clase media (médicas, maestras y trabajadoras sociales) que conocen. Próximo, pero no idéntico. Una tarde en el CCBV Ruth (8) sintetizó su modo de ver esa diferencia, dejando entrever en ese mismo acto, la vigencia que tiene el ideal hegemónico de belleza entre las niñas del barrio: “vos no sos como las otras, sos más gordita y estás mal vestida” concluyó. Los niños, en tanto, no hicieron apreciaciones sobre mi estética o mi pertenencia de clase, sino que se mostraron interesados por exhibir ante mí sus habilidades para montar en sus caballos “a pelo”<sup>8</sup> o trepar árboles y me llevaron a recorrer los lugares del barrio que consideraban peligrosos o fascinantes (como el cementerio abandonado).

En lo que respecta a las orientaciones éticas de esta investigación, he trabajado con consentimiento informado previo, tanto en el caso de los niños como de los adultos, tomando en cuenta la noción de “simetría ética” (Christensen y Prout 2002 en Szulc 2015). En las sucesivas presentaciones que realicé sobre mi investigación, siempre estuvo incluida la aclaración respecto de la confidencialidad de los datos. Por eso, y en pos de preservar la

---

<sup>7</sup> Además de la producción de datos que surge del trabajo de campo, he utilizado fuentes secundarias, mayormente artículos periodísticos de la prensa local.

<sup>8</sup> Montar a pelo implica no usar montura y los niños se jactan de esta forma de cabalgar porque implica mayor destreza y más fuerza.

identidad de todas las personas con quienes trabajé, he optado por utilizar (tal como he señalado antes) nombres ficticios<sup>9</sup>.

En lo sucesivo, y en congruencia con el enfoque socio antropológico propuesto para poder comprender el modo en que los juegos infantiles y la construcción de la dimensión social del género se entraman en un grupo social específico, profundizaré el análisis sobre el contexto en cual llevan adelante sus vidas las niñas del Barrio Verde. Comenzaré por ubicar al barrio en la agrolocalidad media en la que se inserta, para describir y problematizar luego la manera en que se organiza socialmente el cuidado. Este abordaje me permitirá poner de relieve el modo en que distintos clivajes (clase, género y generación) se intersectan configurando la posición social que las niñas habitan.

Alteridades en agrolocalidades medias de la pampa argentina.

El Barrio Verde se ubica en la periferia de Junín, una ciudad media de la Provincia de Buenos Aires ubicada en la zona núcleo de producción agrícola del país. Para contextualizar este tipo de urbes desde el punto de vista socioeconómico es importante tener en cuenta las transformaciones que el sector agrícola ha transitado en las últimas décadas. Esos cambios consistieron fundamentalmente en el viraje abrupto desde un esquema de producción caracterizado por la diversidad de cultivos, hacia un modo de explotación basado casi exclusivamente en el monocultivo de soja transgénica (Muzi et al. 2020).

Al respecto, Kunin (2018) explica que este nuevo modo de producción puede prescindir de una gran cantidad de trabajadores/as rurales al maximizar los usos de la biotecnología. Esta situación genera éxodos masivos desde el campo hacia las urbes posibilitando la creación de barrios completamente nuevos, como el caso del Barrio Verde que analizamos en este artículo.

En consecuencia con las características del modelo sojero que han sido señaladas, se observa que, si bien el sector rural no constituye una fuente de empleo masiva, ello no anula su rol como principal motor de la economía habilitando distintos rubros satelitales (como servicios o construcción), en los cuales se emplean informalmente la mayor parte de les adultes que viven en el Barrio Verde.

Profundizando en esta línea, algunos autores consideran que para explicar las formas en que se construye la alteridad en estas ciudades medias de la pampa argentina, es preciso analizar el modelo productivo agrícola en su historia de larga duración. En este sentido, Gravano (2016) destaca que estas urbes fueron concebidas por el estado argentino como mojones de avanzada en la expansión militar desarrollada durante el siglo XIX sobre territorios usurpados a las comunidades indígenas, para expandir la frontera agrícola. El mismo autor propone que los modos de construcción de alteridad inaugurados por aquella impronta inicial racista, colonialista y europeizante, no se han disuelto por completo, sino que se han reactualizado. En este caso, esa lógica de la exclusión, de la segregación o de la marca de negatividad se ha desplazado hacia la estigmatización y racialización de las clases populares.

---

<sup>9</sup> En este sentido, también es importante señalar que modifiqué u omití todos aquellos indicios que conectan directamente al Barrio Verde con su referente empírico real (datos geográficos, notas periodísticas y nombres de instituciones).



En este sentido, en el imaginario urbano hegemónico de la ciudad de Junín se suelen presentar diferentes formas de racialización que involucran directamente la pertenencia de clase. Cuando las clases medias y altas de la ciudad hacen referencia a las personas que viven en barrios periféricos y tienen un bajo poder adquisitivo suelen denominarlos “negros” y con esa denominación no están categorizando personas en función de un fenotipo, sino racializando la diferencia de clase (Ratier, 1972). De hecho muchos de los niños con quienes he interactuado en el Barrio Verde tienen tez blanca y ojos claros, no obstante (y en combinación con otros diacríticos visibles como la ropa vieja o rota) ante la mirada de las clases medias y altas de la ciudad estos niños continúan representando “la negra” o “la indiada”.

Junto con las posiciones subalternizadas en términos de clase y generación antes señaladas, también se destacan otros clivajes que profundizan las desigualdades desde la infancia, como las posiciones de género. A continuación presentaré algunos datos contextuales del barrio para poder describir luego la manera en que se organiza socialmente el cuidado, lo cual permite reconocer los espacios significativos para la socialización infantil y la manera en que son vividas y percibidas desde estos espacios las configuraciones sexogenéricas.

La organización social del cuidado en el Barrio Verde.

El terreno sobre el que se ubica el Barrio Verde era hasta 2010 (año en que se finalizó la canalización del río que lo atraviesa) altamente inundable. En función de la mejora que significaron las obras, se instalaron allí familias con bajos recursos económicos. Desde el punto de vista de acceso a servicios e infraestructura públicos, es significativo resaltar que para el año 2016 (según la prensa local) sólo el 30% de los vecinos del Barrio Verde contaban con agua corriente; el 5% del barrio estaba pavimentado y no había, en ningún caso, red de cloacas, ni tendido de gas natural<sup>10</sup>.

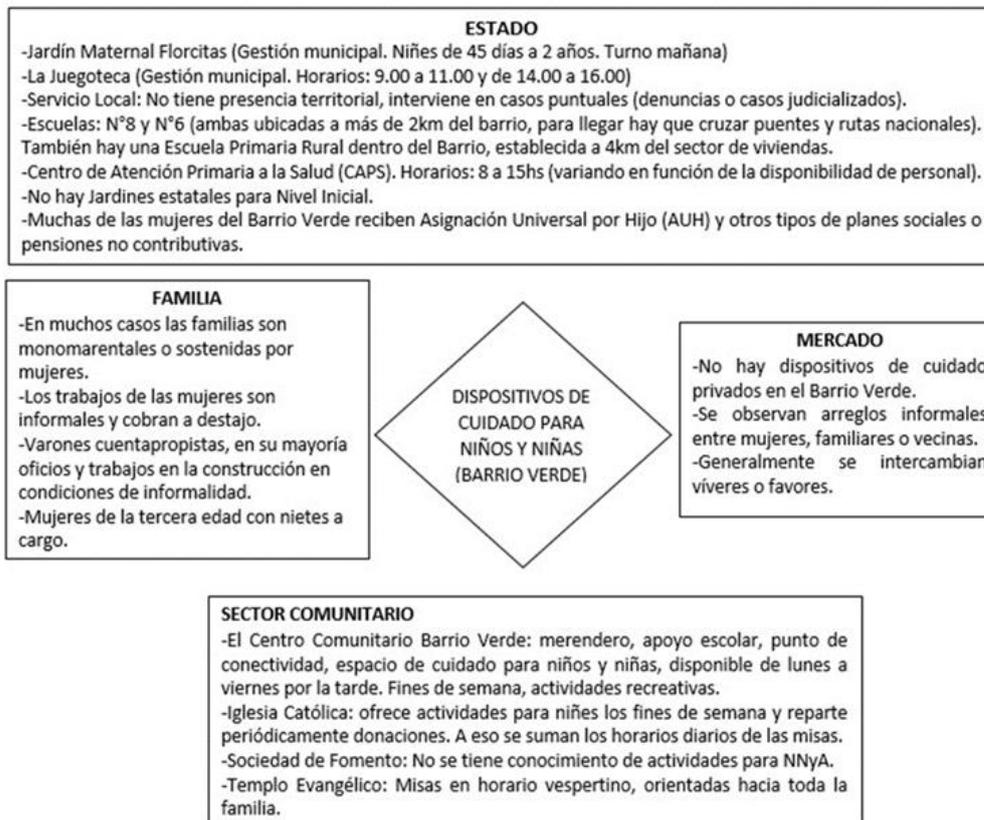
En adición a los datos cuantitativos de infraestructura y servicios públicos, otro indicador de la situación de pobreza en el Barrio Verde es la autopercepción. En este sentido, las niñas del barrio expresaron en las entrevistas que hemos mantenido, una concepción muy clara respecto de la propia posición en la estructura socioeconómica, basada en su propia “experiencia de la desigualdad” (Hernández et al. 2015:5). En una de las primeras entrevistas con Noelia (11) ella me explicó que lo primero que yo tenía que entender es que “ella y su familia son pobres, entonces les toca recorrer lugares como el centro comunitario, la salita de salud o la iglesia, porque en todo esos lugares les pueden dar comida, ropa o juguetes” (Notas de campo, abril de 2016).

En el Barrio Verde, tal como señala Noelia, existen una serie de espacios comunitarios y estatales que se fueron construyendo en los últimos años y que lejos de funcionar como una red articulada, conforman (al menos por el momento) un mosaico variopinto en que cada espacio desarrolla su propia estrategia de aproximación a los vecinos. En ese sentido, las agencias infantiles juegan un rol fundamental, dado que son los niños, a través de sus recorridos diarios, quienes articulan actores y espacios en principio disgregados (Santillán 2009, Parodi 2021).

---

<sup>10</sup> Recuperado de: <https://www.diariodemocracia.com/locales/junin/145778-junin-parcelas-carece-cloacas-tiene-agua-corriente/>.

A fin de ofrecer una imagen panorámica de los distintos actores e instituciones que intervienen en la organización social del cuidado en el Barrio Verde presentaré un “diamante de cuidado” (Razavi 2007). Esta herramienta gráfica permite dimensionar el modo en que las tareas de cuidado se distribuyen entre diferentes sectores: Estado, Mercado, Familias y Sector Comunitario (Faur 2014).



Cuadro N°1: Organización social del cuidado Barrio Verde. Fuente: Elaboración propia.

A partir de la sistematización que provee el Cuadro N°1, es posible advertir que la presencia estatal en el barrio ha sido inestable y escasa. Las instituciones pertenecientes al sistema de educación pública no alcanzan a cubrir las necesidades de formación y cuidado de los niños y el resto de los espacios disponibles mantienen ofertas de personal, servicios y horarios que, según refieren las mujeres del barrio, cambian de manera repentina e intermitente, imposibilitando a las familias contar efectivamente con esos recursos.

Lo antedicho genera una situación en la que se observa un fuerte desbalance en lo que refiere al volumen de tareas y responsabilidades efectivamente asumidas en torno al cuidado infantil por parte de los distintos sectores y actores. En otros términos, la escasez y discontinuidad de los dispositivos estatales de cuidados se traduce directamente en una recarga de tareas sobre las familias y dentro de ellas, son las mujeres de distintas generaciones, quienes se hacen cargo de cuidar. Es importante señalar que en este barrio la mayor parte de las unidades domésticas están sostenidas (tácita o explícitamente) por mujeres que asumen el cuidado en sus diversos sentidos: cuidado de niños, de ancianos, del hogar, gestión de recursos y autocuidado (Rodríguez Enríquez y Marzonetto 2015). Como



estrategia para poder llevar adelante estos múltiples frentes en que se desenvuelven y vender simultáneamente su fuerza de trabajo en el mercado<sup>11</sup>, las mujeres recurren a redes conformadas por hermanas, vecinas y amigas, mediante las cuales se intercambian distintos tipos de ayudas y favores.

En los hogares que incluyen hombres adultos, se observa que los mismos se abocan a un solo tipo de trabajo (el asalariado) participando ocasionalmente en una porción mínima de las tareas de cuidado. También es usual que su presencia dentro del hogar sea intermitente dado que los rubros en los que se emplean (mayormente construcción y logística) suelen incluir prolongados períodos de trabajo fuera de la casa e incluso fuera de la ciudad.

Dentro de este panorama general, es importante señalar la gravitación del sector comunitario y específicamente el rol del CCBV, que revestía vital importancia por varios motivos: En primer término, funcionaba como “un puente” entre el barrio y el Estado (Fournier, 2017) al tiempo que suplía muchas de las deficiencias de este último. En segundo término, y tal como veremos a continuación, el CCBV permitía (al menos parcialmente) desfamiliarizar el cuidado y potenciar la vida comunitaria. Allí, tanto les niñas como las mujeres adultas se encontraban para compartir con otras las experiencias cotidianas ligadas al cuidado, la crianza y las relaciones sexoafectivas.

#### **Perspectivas nativas sobre género y cuidados.**

A través de las distintas entrevistas e instancias de observación que posibilita la implementación del método etnográfico, es posible advertir que las perspectivas nativas sobre las relaciones sociales de género y cuidados en el Barrio Verde se cimentan sobre una concepción naturalizada del sistema sexo-género (Rubin 1986). En este sentido, la mayor parte de las mujeres adultas y niñas con quienes he interactuado suelen identificar las tareas de cuidado como un atributo biológicamente femenino, al mismo tiempo que coinciden en no categorizarlas como “trabajo” puesto que las conceptualizan como parte de una lógica afectiva contrapuesta al intercambio monetarizado (Zibbechi 2014).

Partiendo de esta forma de ver el mundo, en el Barrio Verde las mujeres asumen todas las cargas de cuidado como si naturalmente les pertenecieran, y ubican a los varones en un estamento superior dedicado (en el mejor de los casos) a conseguir dinero en el mercado, que los releva de realizar cualquier otro tipo de tarea. En el mismo sentido, las acciones desarrolladas por varones que generan daño (ausencias prolongadas del hogar, abandono de las niñas o ejercicio de violencia física y verbal) son mayoritariamente interpretadas por las mujeres como producto de circunstancias externas: la acción de otras mujeres, el exceso de trabajo, o el consumo de determinadas sustancias.

Noel y Palazzesi (2006) destacan que este tipo de moralidades en torno al género se encuentra presente en muchas de las ciudades medias de la pampa argentina y su principal consecuencia es lo que ellos denominan “*inimputabilidad de última instancia*” (p: 4) puesto que, al expulsar del terreno sociopolítico a las construcciones sexogénicas se torna

---

<sup>11</sup> Entre 2016 y 2019, en la mayor parte de los casos analizados las mujeres del barrio mantenían sus empleos en condiciones de informalidad, lo cual implicaba que, además de no contar con derechos laborales (como licencias por embarazo) permaneciera vigente la lógica de trabajo a destajo.

lógicamente imposible modificarlas para asignar responsabilidades y emprender transformaciones hacia sociedades más igualitarias.

No obstante lo antedicho, resulta importante destacar que, si bien desde la perspectiva émica o nativa no he observado un cuestionamiento sistemático respecto de la violencia y la desigualdad sexogenérica, lo que sí he podido registrar es un malestar que las mujeres adultas manifiestan de manera constante y se expresa de distintas formas que incluyen desde quejas, hasta padecimientos físicos o psíquicos. El centro comunitario oficiaba en ese contexto como un espacio que posibilitaba que tanto los modos de vivir el género como las experiencias de desigualdad en términos de clase -e incluso de generación- se tornaran compartidas con otras y por ese motivo lo he considerado medular para el análisis que me propongo en este artículo. En la cotidianeidad, el CCBV ofrecía una merienda diaria y múltiples actividades que podían ser libremente seleccionadas según los gustos e interés de cada niña: talleres de arte o de cuentos, apoyo escolar y una variedad de propuestas que propiciaban la dimensión lúdica. A continuación expongo algunos de los juegos (virtuales y presenciales) que las niñas protagonizaban en ese contexto.

### **Juegos, cuidados y géneros.**

En lo sucesivo, me propongo analizar algunas de las historias que las niñas contaban, los juegos a los que jugaban y las tareas que tenían a cargo. En todas las secuencias seleccionadas el cuidado aparece como un signifiante central, indisolublemente ligado con la definición de “lo femenino”. En el Barrio Verde, eran las niñas quienes diseñaban estrategias de autocuidado, las que cuidaban a otras (ya sea adultas o niñas pequeñas) y las que llevaban adelante distintas actividades para colaborar con la gestión del hogar.

Tal como he señalado anteriormente, argumentaré que las prácticas lúdicas que las niñas desarrollaban, tanto virtuales como presenciales, pueden ser entendidas como performances en las que ellas se involucraban de forma activa, al crear, circular y (re)producir tanto conocimientos y modos de hacer, como sus propias corporalidades y subjetividades. A través de las narrativas grupales y los juegos, se construían y actualizaban los contornos del género, y se definía lo que habría de ser considerado como apropiado para una mujer o una niña en el presente, al tiempo que se moldeaba también una expectativa de futuro más o menos próximo.

Si bien a través de las distintas performances he observado una dinámica que mayoritariamente tendía a actualizar los cánones establecidos, también he advertido ciertos indicios de cambio. En este sentido, las estrategias que las niñas diseñaban para sortear condicionamientos dan cuenta de una posibilidad de innovación, de insumisión y creatividad que espera latente una oportunidad para poder potenciarse.

### **Tomando el té en la casita.**

Uno de los juegos favoritos de las niñas que asistían al Centro Comunitario del Barrio Verde, era “tomar el té en la casita”. La casita era, efectivamente, una pequeña casa de madera con un espacio interno de dos metros por un metro, lo cual hacía posible el ingreso de varias personas. Una de las tardes en que yo daba vueltas por el patio del CC se puso a llover, entonces Milena (11), Noelia (11) y Rocío (8) me invitaron a “la casita”. Una de las niñas había llevado una silla y una pequeña mesa, con lo cual el espacio de movimiento era bastante reducido. Rocío preguntó: “Señora, ¿Usted toma té?” y ante la respuesta afirmativa dijo que iba a prepararlo, salió bajo la lluvia y volvió al rato con unos cuantos



vasos de plástico y un pedazo de cartón que hacía las veces de bandeja. “¿Vos querés ser la mamá?” le dijo Noelia a Rocío. “No, la mamá sos vos porque tenés el pelo largo”. A mí me otorgaron el rol de la hija y al instante comencé a recibir algunas órdenes. En el juego se iban intercalando las actividades domésticas que “la mamá” asignaba a sus hijas y otras conversaciones que yo traje a colación como preguntas. En algún momento la dinámica lúdica se interrumpió, o yo sentí que se interrumpió, porque empecé a hacer preguntas literales sobre sus vidas cotidianas. Sin embargo, las niñas me contestaron respecto de lo que preguntaba, mientras seguían tomando “el té”.

**(...) Le pregunté a Noelia lo mismo que ya le había preguntado días anteriores: ¿Qué tal tu día?, ¿Fuiste a la escuela?; ¿Vas a la iglesia el sábado?. Noelia comenzó hablando sobre los fines de semana en la iglesia y trajo a la conversación un tema que evidentemente la tenía muy preocupada: el alcoholismo de su padre. (...)**

**“N: Mi mamá no está con nosotros, porque limpia casas y mi papá trabaja, en una gomería, pero la iglesia le hizo re bien**

**L: ¿Por qué?**

**N: Porque él es un poco “borrachito”, bueno era... Ahora no toma más vino, pero toma coca-cola sin gas...**

**L: ¿La misma que tomas vos?**

**N: No, otra, siempre compra dos Coca-Colas, una para nosotras y otra para él. Él toma coca sin gas...” (Entrevista grupal, Abril de 2016)**

Luego de este intercambio Noelia siguió hablando sobre las formas en que ella y su hermana adolescente Ana (13) estaban siempre atentas a las cosas que consumía su padre, se fijaban cómo llegaba, lo esperaban, lo olían. Las niñas intercalaban el juego con esta conversación sobre sus tareas cotidianas de cuidado: las observaciones sobre el padre alcohólico, la recolección de víveres que sobre todo se da en la iglesia, el tema de la ropa que estaba por llegar al centro comunitario y cómo asegurarse un puesto para poder elegir las mejores prendas. Mientras, seguían obedeciendo o dando órdenes para hacer tareas dentro de la casita y tomando el té. De esta manera, en el juego ponían en práctica tareas y actitudes que también usaban en la vida cotidiana para colaborar con las gestiones de sus hogares y viceversa, en los hogares implementan las mismas cosas que aprendieron a hacer jugando, pero “de verdad”.

En este sentido, distintas autoras (Enriz 2011, Szulc 2015, Nunes 2013) profundizan en la deconstrucción de la idea del juego como una mera fantasía que empieza y termina en un momento específico, para reconocer la forma en que éste se encuentra imbricado en la vida social de los niños de distintas comunidades. Al respecto, Enriz (2011) sugiere retomar el concepto de “prácticas lúdicas” dado que: (...) permite desdibujar un poco los límites de lo que es y no es juego, considerando en cambio las diversas formas de aproximarse a diferentes situaciones y las definiciones de los sujetos sobre la práctica” (p. 107). En este sentido, la autora sugiere considerar el punto de vista nativo como el indicador más preciso para poder delimitar los márgenes de aquello que forma parte del juego.



Nunes (2003) también analiza esta dimensión en situaciones de su trabajo de campo, donde las niñas Xavante de Brasil intercalan secuencias de lo que ella denomina juego (a secas) en contraposición con el “juego responsable”, donde las tareas desempeñadas son actividades efectivamente a cargo de las niñas que las realizan. Lo interesante de su análisis reside en poner de manifiesto que los juegos infantiles se entrelazan con la vida cotidiana de la sociedad todo el tiempo, en tanto modo de producir y transmitir conocimientos.

A partir de sus estudios se pone de relieve que, al igual que la escuela, los juegos tienen un rol pedagógico pero en vez de transmitir contenidos formales, lo que éstos proporcionan son conocimientos útiles (o prácticos) para la vida comunitaria de un grupo. Las niñas Xavante aprenden a lavar la ropa en el río en medio de juegos que involucran en principio solo algunas partes de la labor completa, del mismo modo que las niñas del Barrio Verde juegan a mantener la casita, en principio una reproducción a escala de la misma y luego mediante pequeñas tareas colaboran en la gestión de las casas “de verdad”.

En este sentido, en el Barrio Verde las niñas juegan a las mismas cosas que en otros lugares del mundo, en los que el cuidado (en sentido amplio) se concibe como una actividad eminentemente femenina que debe ser aprendida desde la infancia. Así, en socializaciones infantiles tan diversas como las de las niñas Xavante de la Amazonia brasileña (Nunes, 2003; 2013), hasta las niñas que habitan megalópolis como la Ciudad de Buenos Aires (García Palacios y Bilinkis, 2013) se repite, aunque nunca de forma idéntica, el juego de la casita que construye subjetividades femeninas domesticadas (housewifization) al tiempo que replica un ordenamiento sexogénico patriarcal:

Los juegos tradicionales, como todo drama social necesitan de una actuación repetida, de rituales colectivos corporizados para devenir como tales. Los atributos del género (...) no son expresivos sino performativos, en el sentido de que en ellos no se manifiesta una “identidad aparente” sino que el juego mismo conforma esa identidad (supuesta y esperada) de género. Tomando en cuenta esto, los juegos tradicionales no sólo son un legado social y cultural sino que conforman un proyecto social y cultural en el cual se manifiesta de diversas maneras la actuación del género (Lesbegueris 2014: 83)

De esta manera, los juegos que las niñas ponen en acto adquieren una dimensión central en tanto performance que construye cuerpos generizados. Mediante esas prácticas lúdicas se aprenden roles de género y generacionales, se delimitan los contornos de lo femenino y lo masculino, reforzando a la vez el orden binario y se impone (a la vez que las niñas asumen) la asociación entre lo femenino y una serie de significantes relacionados con el cuidado que involucra a otros, en este caso varones adultos. No obstante, en los últimos años han surgido nuevas dimensiones en lo que refiere a las formas en que se juega que traen aparejadas nuevos desafíos para el análisis. Me refiero a los juegos virtuales, aquellos que se desarrollan dentro de un entorno digital y que involucran las corporalidades de una manera diferente a los juegos presenciales.

#### **Cuidar en la virtualidad: Baby Care.**

En el CC había un salón que tenía varias computadoras de escritorio provenientes de donaciones. El panorama era muy variopinto, dada la cantidad de modelos y estéticas de CPUs y monitores disponibles. En este escenario, las máquinas más nuevas eran las más rápidas y eso hacía que también fueran las más requeridas. Las computadoras tenían una conexión a internet lenta e inestable, por eso las niñas preferían usar los juegos que estaban descargados en los discos rígidos. Cuando las mujeres a cargo de la merienda

anunciaban que estaban listas las facturas, todos y todas dejaban lo que estaban haciendo en el mundo virtual para ir corriendo a reclamar su porción. Una de las secuencias que más me llamó la atención en ese contexto fue un diálogo en el que María (8) le decía a Romina (6): “Yo busco para las dos, pero mientras: ¿Le cambias el pañal al mío porfa?”.

Las niñas jugaban al “Baby Care” y lo denominaban de esa manera, utilizando su nombre en inglés. El juego virtual, en sus múltiples ediciones, consiste en una imagen fija que presenta una especie de guardería virtual en la que se pueden observar una o varias bebés con distintas situaciones que precisan de cuidados específicos (necesitan que les bañen, les cambien los pañales o les arrojen para dormir). A los costados de la pantalla, el juego presenta íconos con objetos (pañales, mamadera, shampoo, crema para curar el sarpullido, música, frazadas), que guardan relación con las situaciones en las que se encuentran las bebés. Quien juega debe desplazar las imágenes de los elementos que satisfacen los requerimientos de las niñas que están a su cuidado, respetando para ello un criterio de adecuación entre el problema suscitado y el objeto que podría utilizarse para solucionarlo.

En la versión que descargué en mi propia computadora para explorar más de cerca el contenido del juego, se incluye una introducción que dice: “Tu mamá te ha dejado a cargo de tu hermano pequeño y tendrás que cuidarlo con mucho cariño y mimo para que no llore. Si te ves muy apurada pincha en “show hint”; (ver/mostrar las pistas) para obtener ayuda” (Página web, Baby Care). La interpelación parece bastante explícita en tanto se dirige a una niña que puede “verse apurada” a la cual le han dejado tareas de cuidados a cargo.

Así, la dinámica consiste en ofrecer a cada bebé o beba lo que necesita. El mismo juego indica cuáles son las necesidades de cuidado y cómo resolverlas según el contexto en que se encuentran (esto varía de acuerdo al nivel). Los bebés pasan por un baño donde necesitan shampoo y juguetes, en otra secuencia necesitan música para dormir o crema porque presentan un sarpullido. Incluso, algunas interfaces incluyen la opción de ofrecer cosquillas o mimos que producen la sonrisa de las bebés. Si las actividades de cuidado no se cumplen inmediatamente, no se acumulan puntos en el juego y además las bebés lloran.

En razón de lo expuesto, resulta evidente que los juegos virtuales presentan una serie de innovaciones que los distinguen de los juegos tradicionales. No obstante, y retomando la hipótesis propuesta por Dueck y Enriz (2016), es posible interpretar que esta diferencia no constituye una fractura diametral entre los distintos tipos de juegos, existen muchas más continuidades que rupturas, en tanto “las temáticas de juego, los personajes y las dinámicas no se han modificado sustancialmente” (p.72). En el caso del Baby Care, así como en otros juegos presenciales y virtuales a los que las niñas solían jugar en el Barrio Verde, se puede observar la continua actualización de estereotipos sexogénicos en donde las mujeres aparecen generalmente maternalizadas, domesticadas o cosificadas. No obstante las niñas no se limitaban a reproducir mecánicamente esa forma de actuar el género que el juego proponía,<sup>12</sup> sino que combinan esas dinámicas con otros elementos provenientes de su vida cotidiana.

---

<sup>12</sup> Para profundizar en esta línea de estudios ver Dueck et al. (2017). Los autores indagan sobre la apropiación diferencial que las niñas realizan de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) según su género, utilizando como concepto central la noción de “tecnobiografías”.

En el contexto analizado, María tejió una estrategia que le permitía continuar el cuidado de su bebé virtual, al tiempo que conseguía provisiones para ella y su amiga. **En este sentido, era** frecuente escuchar a las niñas intercambiando “tips” sobre cómo resolver el sarpullido del bebé o cómo alimentarlo más rápido, en diálogos que retomaban conocimientos y experiencias provenientes de la dimensión lúdica, doméstica y comunitaria.

### Reflexiones finales.

En función de lo expuesto es posible advertir una correlación (nunca lineal) entre los juegos que las niñas juegan y las maneras en que se configura el género en cada contexto. Si bien los casos expuestos no agotan el espectro de los múltiples tipos y formas de juego que las niñas llevan adelante en el Barrio Verde, es posible afirmar que sí se trata de las prácticas lúdicas más extendidas y generalizadas<sup>13</sup>.

En el Barrio Verde, dadas las maneras en que se configuran las relaciones sociales de género, fundamentadas y replicadas a través de una organización social del cuidado altamente desigual y feminizada, las niñas juegan a ser madres, o hijas, a realizar tareas domésticas, cuidar a sus abuelos, padres, hermanitos. Juegan a ser amas de casa, niñeras o cocineras y de esa manera reactualizan roles de género, generacionales y también de clase, a la vez que construyen su propia subjetividad en base a lo que se va identificando como lo “femenino”.

Tal como resalta Nunes (2013) el juego de la casita es prácticamente universal y también atraviesa distintas clases sociales, sin embargo en cada contexto las niñas entrelazan ese concepto general de la casita con las particularidades de su propia creatividad y de sus experiencias socioculturales concretas. Así las puestas en escena pueden ser parecidas, pero nunca idénticas. En este sentido, García Palacios y Bilinkis (2013) advierten que la reproducción que supone el juego al igual que cualquier performance reiterada, nunca es idéntica a su versión anterior. Existe siempre una reinención que se da en la apropiación de aquello que se reitera, dado que las personas:

“(…) en sus distintas experiencias, se apropian de significados culturales previos, interpretándolos de tal forma que aun cuando los reproducen, los organizan nuevamente (Toren, 1990; García Palacios, 2012). Pero, a su vez, los posicionamientos de los sujetos deben ser situados en las prácticas sociales en las que participan y en las relaciones sociales más amplias, y puestos en vinculación con las disputas por los significados culturales” (García Palacios y Bilinkis 2013:13).

De esta forma, la puesta en escena involucra una reapropiación creativa, pero de todos modos esos márgenes de invención no se encuentran por fuera del entramado social en

---

<sup>13</sup> El espacio del barrio se encontraba fuertemente generizado desde una lógica binaria y heteronormativa (tal como he señalado antes). Las dinámicas de los juegos infantiles replicaban esa misma lógica. Las niñas generalmente jugaban con otras niñas, y los niños con otros niños. Además del Baby Care y la casita del té, los juegos de princesas eran muy populares entre las niñas del barrio. Por su parte, los niños desplegaban juegos más relacionados con el uso de la fuerza física, como trepar árboles, cazar pájaros, o montar caballos (Morano, 2020). No obstante, cabe señalar que he registrado algunas prácticas lúdicas -aunque minoritarias- como la mancha, la escondida o las payanas, en donde todos los niños participaban sin distinción de género.

que se enuncian los juegos. En otras palabras, las niñas no innovan de cualquier manera, sino dentro de un encuadre estrechamente ligado a las representaciones sociales del género que viven a diario en su comunidad.

Simultáneamente, y aunque existen los condicionantes señalados, también se advierten las estrategias que las niñas tejen para ir más allá de las imposiciones de las demandas de los bebés llorando (reales o virtuales), o de los adultos requiriendo atención y cuidado. Estas innovaciones pueden ser entendidas como formas de agencia que permiten a las niñas sortear obstáculos y a la vez intercambiar y producir conocimientos.

En distintas ocasiones las niñas compartían historias y relatos, que contienen saberes y conocimientos sobre formas de cuidar niños o adultos y gestionar el hogar (consiguiendo las mejores donaciones de ropa o yendo a los lugares en donde proveen más alimentos). Los juegos, cumplen (entre otras funciones) un rol que abona en este sentido, y se proyectan como performances generizadas a través de las cuales se construyen corporalidades (Lesbegueris 2014) pero también “conocimientos prácticos” (Nunes 2013). Las estrategias grupales y las amistades con pares ocupan en estas estrategias, o modos de agencia, un papel central.

En un sentido similar al que recupera Quecha Reyna (2014) para los niños migrantes, en el Barrio Verde y sobre todo entre las niñas (y también entre las mujeres adultas) se observa una valoración muy fuerte de los grupos de amigas. Noelia, Milena y Rocío van juntas casi para todos lados y la mayor parte de las situaciones que tienen que resolver son debatidas previamente en ese pequeño grupo. Tal como he señalado en acápites previos, las mujeres adultas funcionan con lógicas similares donde el grupo de pares femenino es muy valorado en un mundo binario, sexogenerizado y patriarcal.

Las secuencias de juegos y narrativas analizadas ponen a su vez de relieve que cuidar es un trabajo que requiere un alto grado de entrenamiento. En las narrativas de niñas como Noelia (11) se pone de manifiesto el largo y sistemático proceso que transitan las niñas-mujeres para aprender a desarrollar esa tarea con éxito. En otras palabras, aprender a cuidar implica avezar los sentidos, la capacidad resolutive y la creatividad. Oler a un hombre adulto cuando llega al hogar para comprobar su sobriedad, estar atentas a los llantos sin palabras de los bebés e interpretarlos para ensayar posibles soluciones a su malestar, acompañar a hermanitos pequeños o recorrer distintas instituciones para conseguir alimentos y donaciones, no son actividades que se desarrollen intuitivamente, sino que se forjan mediante un largo proceso de socialización sexogenerizado que, para las niñas del Barrio Verde, comienza en la primera infancia y se desarrolla mayoritariamente en el ámbito doméstico y comunitario.

Finalmente, cabe resaltar que en las secuencias de juego y en las narrativas colectivas que las niñas ponen en escena, se entranan dos tendencias en pugna en lo que refiere a modos de vivir el género y especialmente las relaciones de cuidado en el Barrio. Por un lado, en las performances infantiles surge constantemente la reificación de los roles femeninos ligados a lo doméstico, al cuidado de otros y al autocuidado. En paralelo, las reflexiones y estrategias que las niñas articulan, (tendientes a intercambiar con pares, a accionar de modo conjunto con amigas, vecinas o familiares de la misma edad) dan cuenta de incipientes procesos de politización o comunalización de esa experiencia sexogenerizada, que durante 10 años había encontrado un anclaje posible en el contexto de socialización que propiciaba el Centro Comunitario.



### Referencias bibliográficas.

- Austin, J. (1962). *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona. Paidós.
- Butler, J. (1990). *Actos performativos y constitución de género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista*. En: S. E. Case (Comp). *Performing Feminisms: Feminist Critical Theory and Theatre*. Baltimore: John Hopkins University Press.
- Cerri, C. y Alamillo-Martínez, L. (2012). La organización de los cuidados, más allá de la dicotomía entre esfera pública y esfera privada. *Gazeta de Antropología*, 28 (2).
- Colangelo, M. A. (2003). *La mirada antropológica sobre la infancia. Reflexiones y perspectivas de abordaje*. Serie Encuentros y Seminarios. Ministerio de Educación de la Nación.
- Duek, C y Enriz, N. (2016). Juegos tradicionales y nuevas tecnologías: Continuidades y apropiaciones. *Cadernos de Pesquisa Interdisciplinar em Ciências Humanas*, 16 (108).
- Duek, C; Benítez Larghi, S.; y Moguillansky, M. (2017). Niños, nuevas tecnologías y género: hacia la definición de una agenda de investigación. *Fonseca, Journal of Communication*,
- Enriz, N. (2011). *Antropología y juego: apuntes para la reflexión*. Cuadernos de antropología social. 0 (34).
- Faur, E. (2014). *El cuidado en el siglo XX: Mujeres malabaristas en una sociedad desigual*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Fournier, M. (2017). La labor de las trabajadoras comunitarias de cuidado infantil en el Conurbano bonaerense, ¿Una forma de subsidio de “abajo hacia arriba”? *Trabajo y sociedad*, 28.
- García Palacios, M y Hecht, A.C. (2009). Los niños como interlocutores en la investigación antropológica. Consideraciones a partir de un taller de memorias con niños y niñas indígenas. *Tellus*, 17 (9).
- García Palacios M y M. Bilinkis. (2013) *Juego, niñez y género en la escolarización inicial. Reflexiones a partir de la capacitación docente*. *Lúdicamente*, 2 (4).
- Gravano, A. (2016). Tres hipótesis sobre la relación entre sistema urbano e imaginarios de ciudades medias. En: A. Gravano y S. Boggi (Comps). *Ciudades vividas. Café de las ciudades*.
- Guber, R. (2001). *La etnografía, campo y reflexividad*. Grupo Editorial Norma, 2001.
- Hernández, M.C et al. (2015). *Espacios con edades: el barrio y la pobreza desde los niños y los jóvenes*. En: M. Chaves y R. Segura (Comps). *Hacerse un lugar: circuitos y trayectorias juveniles en ámbitos urbanos*. Editorial Biblos. Buenos Aires.
- Hernández, M. C. (2019). *Experiencias de niñez en la pobreza. Una cartografía de cuidados*. RUNA, archivo para las ciencias del hombre, 40(2).
- Jaramillo, J. (2016). "Andar todo el día": construcciones de género de niños y niñas en espacios urbanos. *La Aljaba. Segunda Época. Revista de Estudios de la Mujer*, 20.
- Kunin, J.R (2018). *Prácticas de cuidado, mujeres y agencia en el interior rural de Buenos Aires; Periferia*. *Revista d'investigació i Formació en Antropologia*, 23 (2).



- Lamas, M (1996) *El Género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México. UNAM
- Leavy, P. (2019). *Entre las fincas y la escuelita bíblica... o policial. Un análisis etnográfico sobre el cuidado infantil en contextos rurales de Orán, Salta*. Runa, 40 (2).
- Lesbegueris, M. (2014) *¡Niñas jugando! Ni tan quietas, ni tan activas*. Buenos Aires: Biblos.
- Milstein, D. (2013) *Cuerpos que se desplazan y lugares que se hacen. Experiencias etnográficas con niños en dos barrios populares de la Argentina* *Sociedade e Cultura*, 16 (1).
- Morano, L (2022). *Niñez, género y cuidados: una mirada etnográfica sobre agencias infantiles y espacios comunitarios en una ciudad media de la Provincia de Buenos Aires*. [Tesis de Maestría]. UNGS-IDES.
- Muzi, E; Prividera, G; Melilli, M.P et al. (2020). *Caracterización socioproductiva de los productores hortícolas en el partido de Junín (Buenos Aires)*. RIA. *Revista de Investigaciones Agropecuarias INTA*, 46 (2).
- Noel, G. D y Palazzesi, A. (Septiembre de 2006). *Moralidades de Género, Familia y Trabajo en Sectores Populares*. [Ponencia]. VIII Congreso Argentino de Antropología Social, Salta, Argentina.
- Nunes, A. (2003) *Brincando de ser criança, contribuições da etnología brasileira à antropología da infancia*. [Tesis de Doctorado, Universidad de Buenos Aires]. Repositório Institucional- Universidade de São Paulo.
- Nunes, Â. (2013). *Entre juegos y tareas: Una etnografía de las actividades cotidianas de los niños A'uwẽ-Xavante (MT, Brasil)*. *Lúdicamente*, 2(4).
- Parodi, C. (2021). *Entre la calle y el ajuste: experiencias de vida en calles de pibes y pibas del centro urbano del municipio de Morón, provincia de Buenos Aires, entre 2015 y 2019*. [Tesis de Licenciatura]. FFyL-UBA.
- Quecha Reyna, C. (2014). *Jugar al norte: una representación lúdica de la migración internacional en niños afrodescendientes no migrantes*. *Alteridades*, 24 (47).
- Rabello de Castro, L. (2001). *Una teoría de la infancia en la contemporaneidad. Infancia y adolescencia en la cultura del consumo*. Lumen- Humanitas.
- Razavi, S. (2007) *The Political and Social Economy of Care in a Development Context, conceptual issues, research questions and policy options*. Gender and Development Program Paper Number 3. UNRISD.
- Ratier, H (1972). *El cabecita negra*. Buenos Aires: CEAL, 1972.
- Rodríguez Enríquez, C y Marzonetto (2016). *Organización Social del Cuidado y Desigualdad: el déficit de políticas públicas de cuidado en Argentina*. *Perspectivas de Políticas Públicas*, 4(8).
- Rubin, G. (1986) *El tráfico de mujeres: notas sobre la "economía política" del sexo*. *Nueva Antropología*, 8 (30).
- Santillán, L. (2009). *La crianza y la educación infantil como cuestión social, política y cotidiana: una etnografía en barrios populares de Gran Buenos Aires*. *Anthropologica*, 27.



Schechner, R. (2000). Performance. Teoría y prácticas interculturales. Buenos Aires. Libros del Rojas. Universidad de Buenos Aires.

Szulc, A.P. y Cohn, C. (2012). Anthropology and Childhood in South America: Perspectives from Brazil and Argentina Bibliography. *AnthropoChildren*. 1 (0).

Szulc, A. P. (2015). La niñez mapuche. Sentidos de pertenencia en tensión. Buenos Aires: Editorial Biblos.

Szulc, A. P. (2019). Más allá de la agencia y las culturas infantiles. Reflexiones a partir de una investigación etnográfica con niños y niñas mapuche. *RUNA, Archivo para las ciencias del hombre*, 40 (1).

Taylor, D. (2011) Estudios avanzados de performance. México D.F. Fondo de Cultura Económica.

Zibecchi, C. (2014) Entre el trabajo y el amor, el cuidado de los niños en contextos de pobreza: el caso de las mujeres cuidadoras en el ámbito comunitario. *Estudios Sociológicos*, 32 (95).